

Noticia de un secuestro

Del realismo mágico al realismo macabro*

Noticia de un secuestro, el último libro de Gabriel García Márquez, enfrenta al lector con la devastadora y letal sustancia que los colombianos han aprendido a tomar por su realidad cotidiana. Se trata de una crónica que reconstruye un período de seis meses en el que la mafia ejecuta sistemáticamente diez secuestros con la finalidad de detener el tratado de extradición que arrojaría a las cárceles norteamericanas a los señores de la droga. Triste y difícil tarea la de su autor tener que iniciar ese viaje a los infiernos e intentar poner sobre el papel el mustio horror que padecieron en la vida real las víctimas de semejante operación.

Que la realidad supera a la ficción, es algo que pregonan los que navegando en la corriente del realismo mágico, como García Márquez, defienden el vivísimo realismo de sus ficciones, y nadie mejor que el autor de *Cien años de soledad* en la técnica de facilitarnos datos, cifras, estadísticas y medidas precisas, afirmando con ello el efecto de realidad que garantiza la maravillosa verosimilitud de sus ficciones, lo que, sin duda, convierte su oficio en una placentera tarea.

Si el autor se ha referido en numerosas ocasiones al placer de la escritura, en el caso de la maquiavélica trama de *Noticia de un secuestro*, éste parece dar paso al dolor de tener que presentar una historia más maca-

bra que mágica, para la que habría que crear otras maneras de nombrar las cosas. ¿Tiene sentido apelar a la distorsión grotesca o utilizar el recurso del esperpento para inflar una realidad que supera los límites de lo imaginado? ¿Es posible hacer de la aventura literaria ese juego de anticipaciones, esa puesta en escena de detalles, de atmósferas, de símbolos y de claves que hacen las delicias de sus apasionados lectores?

Quizás el hábil cronista resuelva las dudas del novelista, con un conocimiento de las técnicas que le permita presentar en toda su desnudez y crudeza una narración laberíntica cuyo desarrollo acerca a los personajes hasta las entrañas de la bestia, removiendo la conciencia del lector, especialmente en los momentos en que víctimas y secuestradores se enfrentan en una forzosa y violenta intimidad que produce escalofríos. Es en esos instantes en los que la historia alcanza su máximo grado de tensión y zozobra, allí donde el ser humano es degradado a su ínfima condición, pues la violencia no sólo recae sobre el cuerpo, sino que socava la conciencia y perturba las zonas más íntimas del ser.

El lugar

Nada más apropiado que la imagen del laberinto para reconstruir la geografía de una ciudad como Bogotá, sitiada por presencias oscuras, manejada por un cerebro al frente de una poderosa organización, que mueve las fichas con la frialdad de un ajedrecista. La narración se inicia en la avenida Circunvalar, un cordón que ciñe los cerros de la ciudad y que permite el fluir hacia el Norte, sin tener que padecer el tortuoso tránsito de las avenidas centrales donde los habitantes desesperan entre el trabajo y la casa, ahogándose en apretados autobuses urbanos e insoportables emanaciones tóxicas.

El secuestro que abre el relato ocurre en esa hora crepuscular tan propicia para el hampa, cuando el ciudadano de a pie se afana por llegar a su refugio, agradeciendo a la fortuna un sitio en esos inhumanos

* Noticia de un secuestro: Gabriel García Márquez, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1996, 327 pp.

autobuses. Quienes tienen la suerte de huir de esa vorágine en sus coches, trepan hasta la Circunvalar, abriéndose paso hacia el Norte. En esa dirección se dirigían dos de las víctimas, sin sospechar que desde hacía meses estaban en el punto de mira del oscuro señor Pablo Escobar.

La ciudad, claramente dividida en dos sectores, traza de manera implacable una cada vez más insalvable barrera social en la que ricos y pobres se miran con mutua desconfianza. Esta situación ha conducido a los ciudadanos a un estado de paranoia prácticamente inevitable, pues no conviene olvidar que en el momento menos esperado y desde cualquier lugar, el enemigo puede saltar, avasallar, forcejear, maltratar, despojar, violar, vejar o matar.

Sólo el hampa ha sabido apoderarse del espacio urbano, dominando las calles con sofisticados sistemas de comunicación, sembrando el terror con sus asesinatos a sueldo, burlando los frágiles sistemas de seguridad del Estado y haciendo de la impunidad el valor más interiorizado en la conciencia de la gente.

Noticia de un secuestro traza el mapa de una ciudad que fluye con una dificultad exasperante, que creció de forma anárquica y que avanza por donde puede, sin un sentido muy claro de su destino. La mayoría de los habitantes que no ha conocido otra frontera que el Norte excluyente y el Sur excluido, acumula un odio y un rencor tan interiorizados que se convierten en desprecio por ellos mismos. El cautiverio enfrenta no sólo a una organización delictiva con el aparato estatal, también fuerza a mirar de frente el rostro de un país clandestino y cómplice de la violencia.

Olvidando la piedad y la solidaridad, entendidas no como valores cristianos, sino como principios cívicos elementales, las gentes se abren paso en una salvaje economía de mercado cuyas tiendas se designan con nombres como *El tortazo*, *La bomba*, *El golpe*, *El combate*, *El gorila*, paródica referencia a la violencia y al feroz capitalismo que ahoga a muchos y enriquece a pocos de manera tan rápida como efímera. El tránsito es difícil, los espacios peatonales no existen, los ladrones acechan, la policía mira con indiferencia. Por eso los autores del múltiple secuestro pudieron ejecutar con tanta eficacia su plan.

Las víctimas

Entre los secuestrados se encontraban personajes públicos, periodistas emparentados con la clase política, como Maruja Pachón, hermana de la viuda del líder liberal Luis Carlos Galán, asesinado por el narcotráfico, por manifestar abiertamente en su campaña política su propósito de acabar con la organización delictiva del narcotráfico.

Precisamente el testimonio de Maruja, secuestrada junto con su cuñada Beatriz, motiva el libro, al contarle al autor los pormenores de su cautiverio de seis meses. Pero, como más tarde constatará García Márquez, este secuestro no estaba desligado del de las otras nueve personas que la mafia eligió como fichas para presionar al gobierno de César Gaviria, artífice del proyecto de una nueva constitución colombiana, en uno de cuyos puntos se trataba el candente problema de la extradición de los delincuentes reclamados por la justicia norteamericana.

El primero de aquellos secuestros había sido el de Diana Turbay, hija del expresidente Julio César Turbay y directora de la revista *Hoy x hoy* y del noticiero *Criptón*. La víctima fue conducida mediante engaños con su equipo de trabajo: la editora del noticiero, el redactor y dos camarógrafos. El truco del que se valieron los secuestradores fue una entrevista con el cura guerrillero Manuel Pérez, comandante supremo del Ejército de Liberación Nacional. El tema, de interés nacional, no sólo era una bomba noticiosa, sino una posibilidad, como lo creyó Diana, de abrir un diálogo con los alzados en armas y propiciar un proceso de paz. Por eso no fue posible disuadirla de su empeño en acudir a la cita. Así, el 30 de agosto de 1990, a las cinco de la tarde, Diana y sus colaboradores emprendieron la ruta hacia el invisible y peligroso camino de su cautiverio, en un lugar próximo a la ciudad de Medellín.

Diecinueve días después fue secuestrada Marina Montoya cuando acababa de cerrar su restaurante, situado en el sector Norte de la ciudad. Marina volvió a abrir su negocio al reconocer a tres de sus clientes que las últimas semanas habían estado comiendo, departiendo alegremente e impresionando al personal por su amabili-

dad y por las jugosas propinas que dejaban a los camareros. Pero aquella noche mostraron su verdadero rostro. La inmovilizaron, la maltrataron y se la llevaron sin sentido en el baúl de un coche. El secuestro fue interpretado como una represalia del narcotráfico por el incumplimiento del gobierno a los acuerdos entre los narcotraficantes y el hermano de la víctima, Germán Montoya, secretario general de la presidencia durante el gobierno anterior a Gaviria, a quien le habían secuestrado anteriormente su hijo. La versión más conocida es que éste había sido liberado después de un compromiso secreto con el gobierno que no se cumplió, por lo que en la conciencia de todos estaba el que a Marina sólo la habían secuestrado para matarla.

Cuatro horas después del secuestro de Marina fue interceptado el automóvil de Francisco Santos, jefe de redacción de *El tiempo*, el diario más influyente del país, descendiente de una estirpe de hombres de Estado, representantes de las clásicas oligarquías criollas. La operación fue tan rápida que ni siquiera llamó la atención en medio del tránsito alborotado. Su cautiverio en plena ciudad tampoco alteró a los vecinos del barrio con quienes sin duda se cruzaban los delincuentes.

Los cerebros del plan

Que un narcotraficante, que empezó siendo ladrón de coches, se haya convertido en uno de los hombres más ricos del mundo y haya adquirido tanto poder como para poner en jaque mate no sólo al gobierno de su país, sino a los servicios de seguridad de los Estados Unidos, es algo insólito en sociedades modernas donde el Estado ejerce un control sobre los ciudadanos al tiempo que protege y vela por sus intereses, desde unos principios democráticos afianzados después de dos guerras mundiales. Pero no lo es en una sociedad como la colombiana donde la iniciativa individual puede superar las barreras sociales.

Esta fuerza unida a otras podría contribuir a quebrar la costra del clasismo que separa a las masas ignorantes de las élites y resolver muchos de los problemas. Pese a todo, esto es imposible en cuanto la superación de esas barreras sólo les parece viable desde la ilegalidad y la

clandestinidad. Narcotraficantes y guerrilleros han alcanzado tanto poder que se han tomado zonas del país estableciendo sus propias leyes y armando sus ejércitos de asesinos a sueldo.

Por eso la carrera de Pablo Escobar fue meteórica. Su mítica figura se levanta hoy entre las gentes humildes de las barriadas de Medellín que hicieron de su tumba un lugar de peregrinación. ¿Cómo olvidar que él construyó urbanizaciones para los humildes? Él hizo realidad un sueño prometido por tantos políticos y se ganó a los adolescentes de aquellos barrios, permitiéndoles transitar en sus motos sintiéndose los amos de la ciudad, con sus armas, sus tenis de marca y sus cazadoras de piel.

La imagen que García Márquez nos ofrece de Escobar es la de un hombre frío, desconfiado y astuto: «Era su propio jefe militar, su propio jefe de seguridad, de inteligencia y de contra inteligencia, un estratega imprevisible y un desinformador sin igual». Encerrado en su laberinto, manejaba los hilos de su organización, creando la confusión para escabullirse y evitar de manera magistral dejar pruebas de sus actos.

Sólo un hombre pudo negociar su entrega a las autoridades colombianas, una figura también mítica, un sacerdote eudista de 82 años, que desde 1955 tenía un espacio televisivo en el que explicaba a la audiencia sus epístolas de contenido social y religioso. Para muchos, incluidos Pablo Escobar y los guardianes de los secuestrados, era un santo. Y fue desde su espacio televisivo desde donde, hablando en clave, negoció la entrega del hombre más temido, odiado y admirado entre los colombianos.

La dimensión que puede alcanzar una figura como la de Pablo Escobar en una sociedad, invita a reflexionar sobre el mapa mental de un país y sobre la forma como se instala el horror en el imaginario colectivo. Los capos necesitaban un espacio fijo y su poder no les facilitaba los mecanismos para arraigarse en su suelo, ejerciendo impunemente sus particulares principios. Si su miedo a la extradición fue el motivo principal de la guerra, que utilizó el secuestro de diez personajes como medida de presión, su peculiar fe religiosa estableció un punto de unión con los enemigos y posibilitó la entrega del máximo jefe.